

## *Con la gloriosa firma de usted*

### Un intercambio epistolar entre José de la Riva Agüero y José Vasconcelos<sup>1</sup>

**E**n 1934, José Vasconcelos, exiliado en Buenos Aires, mascullaba su resentimiento contra el gobierno y el pueblo de su país. Pocos días después de arribar a la capital argentina escribió a su leal amigo Alfonso Taracena: “de México me acuerdo porque están ustedes allí. El día en que media docena de ustedes se saliese, se me borraría ese nombre sucio del mapa”.<sup>2</sup>

A cuatro años de su partida de México, llegó al Río de la Plata con la esperanza de acogerse a los beneficios de glorias pasadas. La realidad se encargó de desvanecer sus expectativas. Vasconcelos ya no era el mismo de 1922 cuando, de visita en aquel país, arrancó aplausos y ovaciones de toda una generación de argentinos convencidos de las virtudes de una Revolución mexicana entonces personificada en la figura del secretario de Educación Pública del presidente Obregón.

En esta ocasión, el recibimiento en el puerto estuvo a cargo de un compatriota a quien conoció por cartas que alguna vez intercambiaron: se trataba de

Fernando Robles, un guanajuatense de filiación cristera que decidió partir al exilio huyendo de la persecución gubernamental. Robles había gestionado la contratación de Vasconcelos como colaborador del periódico *Crítica*. Los problemas económicos acosaban al recién llegado y a decir verdad estos apremios lo acompañaron a lo largo de los catorce meses de su residencia rioplatense. El salario era modesto, de ahí que se inclinara por rentar una casa en la localidad de Adrogué, muy cerca de Buenos Aires, con la ventaja de que el costo de la vida resultaba inferior al de la gran ciudad. De los cien pesos que ganaba por una colaboración semanal en *Crítica*, setenta y cinco se iban en pagar el alquiler,<sup>3</sup> y el resto provenía de esporádicos giros que Taracena remitía a cuenta de pagos por artículos en periódicos mexicanos. En el medio académico mantuvo vínculos con la Universidad de la Plata, donde por cierto impartía cátedra quien fuera, una década atrás, uno de sus más cercanos colaboradores: Pedro Henríquez Ureña. Pocas veces se

encontraron y cuando lo hicieron sólo intercambiaron saludos. Por intermedio de José Peco, director de la Facultad de Derecho impartió un ciclo de conferencias que más tarde fueron recogidas en un largo ensayo titulado: Hispanoamérica frente a los nacionalismos agresivos de Europa y Norteamérica. El resto del tiempo lo dedicó a escribir De Robinson a Odiseo, a pulir los borradores de El Ulises Criollo, a alternar con nuevos amigos, a cabildear entre la jerarquía católica de Buenos Aires, y a imaginar que su liderazgo lo colocaría al frente de una revuelta militar que acabaría con los gobiernos usurpadores que se habían sucedido desde 1929.

En efecto, la experiencia electoral de 1929 fractura el horizonte político de Vasconcelos, quien comienza a asumir posiciones cada vez conservadoras, católicas e hispanistas. En este contexto se inscribe la correspondencia que presentamos donde el antiguo Maestro de la Juventud hispanoamericana restableció comunicación con el peruano José de la Riva Agüero y Osma (1885-1944), a quien conoció durante el corto exilio en Lima hacia 1916;<sup>4</sup> pero ahora, a casi dos décadas de distancia, en ambos se ha producido un similar vuelco político.

Riva Agüero, descendiente de una distinguida familia de la sociedad virreinal y luego republicana, se significa como uno de los intelectuales más destacados de la primera mitad del siglo XX peruano. Historiador y literato, crítico y ensayista, autor de obras fundamentales para la historia de la cultura peruana,<sup>5</sup> realiza en política un recorrido desde un latinoamericanismo de cuño arielista

en los albores de este siglo, para terminar asumiendo, al promediar los veinte, posiciones en defensa de un orden estamental donde las reminiscencias coloniales terminan por conducirlo a defender ideas y objetivos del siglo XVIII español.<sup>6</sup>

Riva Agüero asume la representación de criollaje peruano y regresa a Perú en 1930 tras una década en Europa, residencia que le sirve para aproximarse con simpatía a las experiencias fascistas de Primo de Rivera y de Mussolini. En Madrid, por cierto, reclama con éxito a la corona española el reconocimiento de su título colonial de Marqués de Monte Alegre de Aulestia.<sup>7</sup>

El regreso de Riva Agüero coincide con la caída de la dictadura de Augusto Leguía, momento de enorme efervescencia social donde importantes segmentos de las clases medias y trabajadoras, asumiendo las banderas del APRA dirigido por Víctor Raúl Haya de la Torre, se enfrentaron a los gobiernos de Luis Sánchez Cerro y Oscar Benavides. En ambas administraciones participó Riva Agüero, en la primera fue alcalde de Lima (1931-1932) y en la segunda se desempeñó como ministro de Instrucción, Justicia, Culto y Beneficencia (1933-1934), cargo al que renunció en protesta por la aprobación de una ley de divorcio civil.

Con dramática ironía, estas cartas dan cuenta de la experiencia de dos intelectuales que en determinado momento de sus vidas tuvieron la oportunidad y el privilegio de conducir la política cultural y educativa de sus países. Uno, desesperado por encontrar algún medio que le permita sobrevivir con dignidad su exilio; el otro refugiado en su mansión señorial tendiendo una mano solidaria a su amigo en

*desgracia; pero ambos frente al convulsionado mundo de la crisis del 30, de los fascismos europeos y las dictaduras latinoamericanas, intentando lo imposible: fugarse hacia el pasado en una reivindicación*

*de la España imperial, en el desprecio hacia sus pueblos, en el resentimiento político y en el elogio a la cruz y a la espada.*

Pablo Yankelevich

**Lima, 28 de junio de 1934**  
**Sr. D. José Vasconcelos**  
**Buenos Aires**

Mi distinguido y querido amigo:

Debo a Ud. mi más vivo agradecimiento por su afectuosa carta del 1 de este mes y sus expresiones acerca de mi ministerio y las causas de mi renuncia.

Quise, en la cartera de Instrucción, realizar una tarea depuradora. Buena parte de nuestros maestros primarios y profesores de segunda enseñanza son apristas y aun bolcheviques encubiertos; y enseñan una Historia del Perú plagada de falsedades, para lo que se sirven de textos anticuados y adulterados, que reproducen la famosa leyenda negra, forjada por los viejos enemigos de España, y neciamente aceptada y coreada por nosotros. Están preparando así generaciones de indigenistas, que, si son lógicas, rechazarán toda la cultura europea y latina, y tendrán como ideal una sangrienta y suicida lucha de clases. Naturalmente, para iniciar la defensa curativa, tuve que proceder a destituciones y algunas medidas de rigor. Pocas fueron, por desgracia, pues los inconscientes legisladores derechistas no me dejaron tiempo bastante para defenderlas, y para robustecer los diques necesarios contra la prevista inundación, que puede ser peor que la ocurrida en la noble patria de Ud.,

porque aquí hay mucho menores elementos de reacción. Tuve también que pugnar con la rutina y la inercia de mis empleados, que me ocultaban a menudo la verdadera situación y que carecían de todo celo por la regeneración de la enseñanza. Imagínese Ud. que he visto en Arequipa, la segunda ciudad de la República, escuelas sin luz, galpones lóbregos e inmundos en que se hacinaban las alumnas, sin más asiento en ciertas escuelas que una tabla apoyada en dos pedruscos. De otro lado, las escuelas mixtas de los novísimos pedagogos en Lima, lo que produce son preñeces en niñas de doce años. Otras escuelas de barrios obreros, como una que visité siendo alcalde, tenían la oculta especialidad de conferencias rusófilas, en las que el mestizo bolchevique explicaba con fruición las excelencias del régimen soviético y su generosidad en haber restablecido el uso del alcohol, prohibido por la tiranía de los zares. Por estas muestras comprenderá Ud. el torbellino de necesidades y malvadas locuras contra el que he bregado casi un semestre. No me parece que me volverán a llamar pronto: hay bastantes intereses coligados contra mi regreso. Toda la izquierda amenazaría, conociendo que soy enemigo de la disolución social. Hay departamentos exclusivamente indios, como los de Puno y Cuzco, muy amagados por los misioneros protestantes, que entre

otros ejecutan una obra de desnacionalización total, preparando los caminos al definitivo protectorado yanqui. Porque veo esas cosas y me indignan, me llaman fanático quien no las entienden.

Yo desearía vivamente que una pluma tan prestigiosa como la de Ud. nos ayudara en estos decisivos momentos. Por eso me permito rogarle que no rechace Ud. el pedido de colaboraciones de dos importantes periódicos peruanos. El uno es *El Comercio*, que Ud. conoce. Oscar Miró Quesada, su redactor y copropietario, a quien Ud. trató aquí, me ha hablado de esa posibilidad; y si Ud. no me desautoriza, volveré a tocarle el punto. Otro gran diario, a punto de nacer en estos días, órgano

del partido nacional o agrario, se llamará *La Prensa*; y sus redactores, que son muy amigos míos, se honrarían grandemente con la gloriosa firma de Ud. Contésteme Ud. si no le desagradaría escribir para esta *Prensa* de Lima, un artículo mensual; y deme sus instrucciones para ajustar el precio. Si viene Ud. como alguien me ha anunciado, podríamos arreglar un ciclo de conferencias, pero en todo caso, convendría asegurar las dos colaboraciones suyas.

En espera de su pronta respuesta, le envía un estrecho abrazo su amigo y constante amigo, y muy entusiasta apreciador.

José de la Riva Agüero

**Adrogué, 16 de julio de 1934**  
**Sr. D. José de la Riva Agüero**  
**Lima**

Muy querido y fino amigo:

Con detenimiento me he enterado de su carta del 28. En primer lugar le agradezco el interés que se ha tomado por mí en el asunto de colaboraciones, etcétera. Llevó años de una lucha desigual que me ha cansado un poco y además me ha ido limitando los recursos. Periódicos de México que antes me pagaban muy bien, hoy no mencionan mi nombre, etcétera, etcétera. Todavía no me decido, porque por aquí vivo, sin mayor apuro, pero es probable que a fines de año nos traslademos a Ecuador.<sup>8</sup> Soy bastante amigo del nuevo presidente que me ha invitado y con cuyos programas estoy de acuerdo. Mucho me gustaría hablar con usted al respecto. De suerte que,

si hago el viaje o lo hacemos (estoy aquí con mi hija casada, su esposo y mi nietita, mi esposa y mi hijo están en Bélgica) si por fin hago el viaje me detendré un mes en Lima. Por supuesto si se puede arreglar un ciclo de conferencias que me ayude a pagar los gastos del viaje tan largo, esto sería un factor para decidirme a lo del Ecuador inclusive. De todas maneras y de acuerdo a su amable pedido, hoy le adjunto un artículo. He procurado comenzar tratando de llenar el asunto a que Ud. se refiere en su carta y que a mí me ha preocupado tanto, porque está en la base de la tragedia de mi patria. Si por alguna consideración al diario le parece inconveniente, no hay desde luego ningún compromiso, ni me voy a lastimar porque me lo rechacen. Usted escogerá el diario para el cual más convenga. Y también me hará el favor de indicarme el tipo más adecuado de artículo para el futuro.

Le ruego dar mi saludo a D. Oscar Miró Quesada y por supuesto si mi colaboración le place se la enviaré. En cuanto a honorarios, usted mejor que yo, podrá gestionar, lo mejor posible, quedando usted desde luego facultado para cerrar cualquier trato.

Aquí en la Universidad de la Plata he podido hablar de los mismos asuntos que nos preocupan. Interesan por aquí menos, porque propiamente no tienen problema indígena. Pero creo como usted que la lucha ha de librarse en el Pacífico entero. En México no pierdo la esperanza de un levantamiento general, aunque, no sé cuándo podrá ocurrir. Por curiosidad, le acompaño un recorte de la iniciativa que acabo de enviarles, cambiando el escudo nacional.<sup>9</sup> Para evitar el peligro que es casi desastre, habría que comenzar por deshacer la obra de Juárez. Los de hoy son unos rufianes al servicio del imperialismo, pero que se escudan en la tradición juarista que ya era de traición, con apariencias de liberación de conciencias. En fin, el problema es una montaña, y cuando usted estaba dando la tizona, desde el Ministerio, yo me sentía muy contento. Mucho temo que la conjuración contra usted proceda del elemento extranjero que es hábil para ver su interés. En el fondo a mí me han echado de México ellos, cuando se dieron cuenta de que mi obra traía resaca. Conozco pues la

imbecilidad de los pueblos y su ingratitude, pero así ha sido siempre. Lo del bolcheviquismo, en gran parte, de la propaganda imperialista. En México lograron desposeer al nacional, con pretexto comunista, pero la propiedad ha pasado al *trust*. Todo esto quisiera decir, pero aquí no hay donde decirlo. En cambio tengo que hacer unas colaboraciones imbéciles, seudoliterarias para sacar mis gastos de vida.

También los maestros de México son en parte comunizantes, pero yo se los quité aumentándoles en sueldo. Cuando llegaron a ganar cinco y ocho pesos diarios y compraron su casita, el terrenito, se acabó la simpatía soviética. Y tiene razón, viven en general en una miseria negra y no tienen cultura. Esto es lo que hace un bolchevique y no hay mas solución de la que decía Chesterton: hacerlos conservadores, dándoles algo que conservar.

En fin, no acabaría de escribirle. Le mando un abrazo su viejo amigo. Saludos a Belaúnde.<sup>10</sup> Por aquí me veo seguido con Beltroy<sup>11</sup> que lo quiere siempre y con Vega, su amigo y excelente chico. Suyo

José Vasconcelos.

Por separado le mando un número del *Boletín de la Universidad de la Plata* con nota sobre mi curso.

## Notas

<sup>1</sup> Archivo Histórico Riva Agüero, Instituto Riva Agüero, Lima.

<sup>2</sup> *Cartas políticas de José Vasconcelos, Primera serie 1924-1936*, preámbulo y notas de Alfonso Taracena, México, Clásica Selecta-Editora Librería, 1959, p. 99.

<sup>3</sup> José Vasconcelos, *La flama. Los de arriba*

*en la revolución. Historia y tragedia*, México, Cía. Editorial Continental, 1959, p. 284.

<sup>4</sup> Véase José Vasconcelos, *La tormenta*, México, FCE, 1982, pp. 771 y ss.

<sup>5</sup> Entre otras, *Carácter de la literatura del Perú independiente, Elogio del Inca Garcilaso, La historia en el Perú*.

<sup>6</sup> Véase Carlos Tur Donati, "El despertar de los nacionalismos en la cultura peruana, 1919-1930", en *Perú contemporáneo. El espejo de las identidades*, Ricardo Melgar Bao y Ma. Teresa Bosque Lastra (comps.), México, UNAM, 1993.

<sup>7</sup> Para una aproximación biográfica al personaje, véase Luis Alberto Sánchez, *Conservador, no; reaccionario, sí. Ensayo heterodoxo sobre José de la Riva Agüero y Osma, marqués de Monte Alegre y Aulestia*, Lima, Mosca Azul Editores, 1985; y José Jiménez Borja, Prólogo en *Obras completas de José de la Riva Agüero*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 1962, vol. 1.

<sup>8</sup> José Ma. Velasco Ibarra gobernaba Ecuador desde 1933, el proyectado viaje nunca se realizó, por el contrario, Vasconcelos zarpó del Puerto de Buenos Aires a principios de 1935 con rumbo a Nueva Orleans, con el objetivo de liderar un nuevo levantamiento cristero que supuestamente lo llevaría a la presidencia de la República.

<sup>9</sup> En 1934 Vasconcelos publicó un artículo titulado "Cuando el águila destroce la serpiente", que contiene un proyecto para

modificar el escudo nacional: "En vez del águila que lucha con la serpiente, un águila que ya destruyó y aventó a la serpiente, y lleva en el pecho una espada de fuego con la empuñadura de Cruz. El águila reposa ya no sobre un nopal, sino en los tres arquiteos romanos del escudo de la Colonia que son el signo del bautizo latino con que México ingresó a la cultura mundial." (J. Vasconcelos, *La flama*, op. cit., p. 348). Para mayores precisiones sobre este proyecto, véase José Vasconcelos, *Cartas políticas*, op. cit., pp. 105 y ss.

<sup>10</sup> Víctor Andrés Belaúnde (1883-1966), intelectual peruano de origen aristocrático, con una trayectoria similar a la de Riva Agüero. Juntos fundaron en 1915 el Partido Democrático Nacional para, décadas más tarde, asumir posiciones políticas de acendrado conservadurismo. Fue el fundador de la Universidad Católica del Perú.

<sup>11</sup> Manuel Beltroy fue secretario particular de Riva Agüero cuando Vasconcelos estuvo en Lima en 1916; posteriormente Beltroy se trasladó a Buenos Aires donde ejerció el periodismo.



Olmedo detrás de Moctezuma durante el asedio del palacio de Axayácatl. Cuadro anónimo del siglo XVII. Colección particular.